

En el panorama del pensamiento acerca de la realidad hispanoamericana desde una perspectiva no dogmática, instalada en la reivindicación de la radical independencia del intelectual, sobresale el plural proyecto creador de Héctor A. Murena. Con el ánimo de rendirle un merecido homenaje en el año en que se cumplen cuarenta años de su fallecimiento, hemos querido sumarnos en esta sección a la evocación de su figura. Su vasta obra cubre todos los géneros literarios: desde el ensayo practicado como compromiso de quien escribe con su estar en el mundo a una poesía concebida como forma esencial de conocimiento, sin desdeñar la narrativa y el drama. Como periodista, colaboró en los más destacados diarios, revistas y medios de su época. Activo participante del proyecto cultural llevado a cabo por la editorial *Sur*, promovió la difusión de autores escasamente conocidos en su medio a causa de la guerra, entre ellos los filósofos de la Escuela de Frankfurt: a él se deben las primeras traducciones de ensayos de Walter Benjamin, Theodor Adorno y Max Horkheimer, publicadas en la colección de *Estudios Alemanes* que tuvo a su cargo en la mencionada editorial. Pero su pensamiento, reacio a encuadramientos ideológicos, dialoga con una variadísima gama de interlocutores, entre los que ocupan un lugar de preferencia los que han indagado en los orígenes de la americanidad, desde Sarmiento a Martínez Estrada.

En una de las más esenciales reflexiones sobre el silencio en torno a la obra de Murena, Héctor Schmucler ofrece claves sugestivas para acceder a los distintos jalones de su pensamiento: a la lectura polémica o francamente hostil de la generación siguiente a la suya sucede un paulatino “olvido” de su obra, coincidente con la actitud de aislamiento asumida por el autor. Como observa Patricia Esteban García¹,

¹ Patricia Esteban García. *La palabra imprecisa de Héctor A. Murena en los márgenes del ensayo argentino contemporáneo*. Tesis doctoral. Madrid: 2008. Web.

“[d]icho silenciamiento respondía a una incomprensión generalizada ante su proyecto creador que evolucionaba —fundamentalmente desde los finales de los sesenta— de un modo cada vez más contrario a las dominantes corrientes estéticas e ideológicas.” (23) Desde mediados de los ochenta, asistimos a un proceso de revalorización de esta singular obra, que sin embargo aguarda todavía una reedición crítica completa.

Con el ánimo de ofrecer a nuestros lectores una visión panorámica de la obra de Murena, hemos reunido tres aportes. En el primero, José Luis Damis realiza un lúcido recorrido por su pensamiento. Le sigue Teresita Frugoni de Fritzsche con sus reflexiones en torno a *El águila que desaparece*, último poemario de Murena donde la alabanza lírica a todo lo creado se ciñe a una palabra esencial, lindante con el silencio. Por su parte María Rosa Lojo comparte su visión integradora de la ensayística mureniana. La sección se cierra con una selección de poemas de su último libro, donde se advierte la axialidad de la metáfora en una escritura en perpetua búsqueda de lo trascendente.

LOS EDITORES



Héctor Alberto Álvarez Murena (1923-1975).

EL FIN DE LA HISTORIA CONCEBIDO DESDE AMÉRICA

JOSÉ LUIS DAMIS¹

*Dedicado a Héctor A. Murena (1923-1975)
al cumplirse cuarenta años de su temprana muerte.*

Héctor Alberto Álvarez Murena, quien optó por ser conocido como Héctor A. Murena, presenta la paradoja de una obra que recién estamos en condiciones de abordar varias décadas después de haber sido escrita, cuando su época ha desaparecido. Fue necesario el desocultante paso del tiempo, el desmoronamiento de los velos que la cubrían, la caída de prejuicios, animosidades personales, enfrentamientos ideológicos y hasta resistencias psicológicas. Entonces el pensamiento puede salir a la luz y la obra se abre a la polémica, esto es, se hace vigente².

¿Por qué Murena no pudo ser polémico en su época? Teresita Frugoni de Fritzsche, investigadora de su obra, afirma que esta no pudo ser interpretada en su tiempo porque Murena vio antes que nadie —en la euforia optimista de los años sesenta— que los proyectos de vida del hombre universal y las expectativas de su propio país no

¹ Doctor en Filosofía, escritor, investigador, periodista ha ejercido la docencia universitaria juntamente con la creación literaria. Ha publicado ampliamente escritos filosóficos y literarios sobre Nietzsche, Camus, Heidegger y Unamuno entre otros. Su último libro se reseña en la sección correspondiente de este mismo número.

² Un ensayo valioso acerca de Murena es el de Héctor Schmucler, *H.A.Murena*, publicado en el N° 10 de la Revista *Casa*, noviembre/diciembre 1994 (Rescatado en formato digital, Internet, “Espacio Murena”: <http://www.espaciomurena.com/7310/>).

podrían terminar con felicidad. Adolfo Vázquez, con motivo de la publicación de *Homo Atomicus* (1961), después de propiciar grandes elogios al autor de una obra donde está en juego el hombre de la era atómica, advierte que “Murena está condenado al silencio, al sarcasmo y a la crítica malévolamente de un gran grupo de posibles lectores”³.

¿A qué se debe el desalojo de la polémica? Para que esta surja, tiene que existir un supuesto común sobre el que se está polemizando, y este supuesto común, en la época de Murena, era la historia. Se podía estar en las antípodas ideológicas, en el marxismo, en el liberalismo, el fascismo, polemizar sobre el sentido o finalidad de la historia, discrepar profundamente, pero siempre habitando la segura casa de la historia. ¿Pero qué ocurre cuando alguien anuncia el derrumbe de esa morada?

El escándalo. Murena cae en un ateísmo histórico y se convierte en hereje. Con los herejes no es posible la polémica, simplemente se los condena. Escribió ensayos, novelas, poesías pero fue fatalmente un filósofo que observó lo cotidiano desde una mirada diferente, contemplando otros paisajes, descifrando, desde su revelación primordial la decadencia de Occidente que anuncia el fin de la historia, nuevos significados.

Maurice Blanchot, al comentar el caso Nietzsche habla de la necesidad de desterrar el prejuicio que quiere que no haya filósofo sin una obra sistemática. Murena dice que *Homo Atomicus* es un tratado asistemático porque cree que cuando una época toca su fin las tentativas por presentar una imagen del mundo sistemática carecen de legitimidad, pero asistematicidad no quiere decir desorden del pensamiento. De ahí surge la tarea de un desciframiento de otro orden, Murena nos permite entrar a su visión del mundo desde diferentes lugares de su obra. Podemos intentarlo desde la imagen entre brutal y desolada de un fragmento de “Arpegios de un atardecer de invierno” que pertenece a *Relámpago de la duración*⁴.

³ Crónica publicada en la Revista *Sur*. Buenos Aires (julio y agosto 1962): 63.

⁴ Murena, Héctor A. *Relámpago de la duración*. Buenos Aires: Losada, 1962.

“Y destruido todo reino/ y potestad y fuerza/ del alma/ la existencia pacífica/ Sófocles televisado/ inseminación artificial/ inauguróse ya la santidad de la pederastia y la droga/ un vacío guante que rasca a otro guante vacío/ en algún ángulo alejado/el tradicional retrato/ en el que César Borgia/ nos mira y reflexiona/por lo menos yo fui un asesino”.

Acá Murena recuerda la sonoridad de Ezra Pound. También se intuye ese último humo de una realidad que se ha evaporado tal como lo profetiza Nietzsche, transformando la imagen en “un guante vacío que rasca/a otro guante vacío”. El gesto despiadado e impotente después que todo ha acabado. Solo queda el retrato de César Borgia que desde su inmovilidad nos mira y reflexiona: “por lo menos yo fui un asesino”.

Reconoce el último núcleo de lo humano, lo que está atrás de la frívola caricatura de la historia que está terminando por disolverse.

Otro lugar para entrar en el fin de la historia es “La lección de los desposeídos” ensayo dedicado a quien considera su maestro, Ezequiel Martínez Estrada, incluido en *El pecado original de América*⁵. Es un texto con mucho de confesional tejido en una tela que va mostrando sus dolorosas desgarraduras. Murena habla de la pasión libresca y del diletantismo intelectual, actitudes que van marcando un divorcio con la gente “que lo entiende cada vez menos a uno”. Todo lo que se ha visto en los libros europeos es tan hermoso, tan dramático, tan denso, en suma, tan vivo comparado con lo que nos rodea acá. Así se va aprendiendo que esta realidad es un detalle a evitar (*Pecado original* 100, nota 4). Murena va relatando sus desgarramientos, que son un desgarrarse de la historia ¿Acaso la historia no son sus libros?

⁵ La primera edición de *El Pecado Original de América* data de 1954, Editorial Sur. En este trabajo utilizo la segunda edición, Sudamericana, Buenos Aires, 1965. El texto incluye los ensayos: “Los parricidas: Edgar Allan Poe”; “El sacrificio del intelecto: Horacio Quiroga y Roberto Arlt”; “La lección de los desposeídos: Martínez Estrada”; “La pugna contra el silencio: Florencio Sánchez” y “El Pecado Original de América”.

Primer desgarramiento: Nace de la conciencia que comprendió y prefirió pensar los libros europeos, su historia, a sumergirse en la propia y opaca realidad.

Segundo desgarramiento: Nace de una pregunta ¿Es posible suplir el alimento espiritual de la tradición europea por la aceptación de vivir en la precaria cultura del solar originario? El desgarramiento parte de practicar una cultura que no es propia.

Murena plantea el acuciante problema de la identidad, mostrando la falacia de tratar de ser uno partiendo de no ser uno. Si se busca ser uno mismo es porque no se es sin *arraigo*.

Se pregunta entonces: “¿Acaso para sufrir no tenemos que sufrir con nuestro propio cuerpo y con nuestra propia alma? ¿Acaso el día de la muerte alguien nos prestará su humanidad para que vayamos a sepultarla en lugar de la nuestra?” (102).

En el contexto del pensamiento de Murena, ¿qué significa morir una muerte ajena? Si la cultura europea muere, nosotros asumimos esta muerte como propia y negamos la posibilidad de nuestra propia vida. No se pertenece a la historia que muere pero tampoco se tiene una propia historia.

¿Qué caminos le quedan al intelectual, al artista? Ignorar la crisis es la respuesta de muchos, caer en la “obstinación insensata”. Proseguir leyendo, sepultarse en un mundo artificioso, viajar a París, escribir muchos artículos o libros totalmente inocuos, y tener como ideal supremo el instalarse definitivamente en Europa. Otros, describe Murena, son los camaradas que caen presa de una desesperanza abismal. Los muestra en la patética imagen de “una floja gordura que ha sido nutrida con los despojos de un alma destrozada (102). Esta experiencia vivida a fines de la década del '30 y principios de la del '40 tiene por tema la inexistencia espiritual. En *El Nombre Secreto* (1969), uno de sus ensayos más inquietantes, señala que “Río de la Plata” como “Argentina” son palabras con un sentido revelador aunque con frecuencia se lo olvide. Son las palabras que se pronuncian en el origen, las palabras fundacionales, las que marcan el destino ¿Qué se esperaba de la Nueva Tierra? Plata, *argentum*. El conquistador no venía a afincarse sino a arrancarle su riqueza y abandonarla. De ahí nace la inexistencia espiritual.

Ezequiel Martínez Estrada también sufrió estas devastadoras experiencias, pero tuvo la genialidad de arrancarle a estas terribles revelaciones. Se descubre con las manos vacías, como el más pobre de

los pobres que hayan pisado la Tierra; comprendiendo que la cultura no era más que un traje prestado, pudo intuir el agobiante desamparo: “ser los americanos los parias del mundo, los más miserables, los desposeídos porque lo dejamos todo cuando venimos de Europa o de Asia y lo dejamos todo porque dejamos la historia” (*Nombre Secreto* 105). Así surge el temblor del desamparo fundamental, el vértigo de sentir a fondo que no se es nada. Estar fuera de la historia.

En los mundos antiguos hay un padre y ese padre es la historia. El feo secreto de los americanos es que no tenemos padre, no tenemos historia. En el inmigrante empieza el tiempo del paria, el hijo de nadie, el desarraigo. La tierra es madre pero se convierte en madre cuando es fecundada por el padre; la historia, sino, es madrastra. Este es el trasfondo mítico que presenta Murena para mostrar el origen de la historia y lo trágico como desarraigo de ese orden.

¿Por qué consideramos a Murena un filósofo? Es simple, porque hace lo que siempre han hecho los filósofos: crear categorías para interpretar el mundo, lo que ocurre es que lo hace desde un lugar marginal, fuera de Europa, donde para los europeos ocurre el pensar. La filosofía es el modo en que Occidente se vio a sí mismo durante dos mil quinientos años. Es una formulación hegeliana. Para Heidegger no puede existir la filosofía fuera de Europa. No olvidemos que William James fue aceptado a regañadientes como filósofo norteamericano por los europeos, tal vez como una concesión por la pujanza con que Estados Unidos ingresaba al siglo XX. Pero Murena era un marginal que pretendía hacer filosofía en la Argentina, un país de los márgenes. Los europeos lo ignoran y los argentinos no lo soportan.

Murena crea categorías que recupera de relatos teológicos, existenciales, psicológicos. En “El Pecado Original de América”, ensayo que da título al libro, enuncia: “He aquí los hechos, en un tiempo habitábamos en una tierra fecundada por el espíritu que se llama Europa y de pronto fuimos expulsados de ella, caímos en otra tierra vacua de espíritu, que dimos en llamar América (155)⁶.”

⁶ Murena ignora a los habitantes originarios del Continente. Cuestiona duramente los intentos de curar lo negativo, en la interpretación americanizante indige-

En un artículo (*Revista de Occidente*, Madrid [abril 1965]: 77) que titula “América, su pecado y sus exégetas” Murena concluye: “Al haberse convertido América en un campo de expulsión del ámbito de la historia, para las criaturas habituadas a una considerable altura histórica, pesa como un verdadero pecado original”. Así el *pecado original histórico*, la pérdida del “padre historia” en la caída, es la primera categoría constituyente del pensamiento de Murena.

Pero este hijo expulsado se va a rebelar y de esa rebelión nace la categoría de *parricidio*. En “Los parricidas”, ensayo donde se ocupa de la obra de Edgar Allan Poe, comienza con Rimbaud, mencionando el destierro espiritual del poeta que se lamenta: “Si yo poseyera antecedentes en un punto cualquiera de la historia de Francia (...) pero no, nada (...) mi jornada está cumplida, abandono Europa (...) tengo los ojos cerrados a vuestra luz (...) Soy una fiera, un negro. Lo más sagaz es abandonar este continente donde reina la locura (24). Por su parte Lautréamont en los *Cantos de Maldoror* anuncia la deshistorización de Europa, tema que obsesiona a Mallarmé y que revela en su “poesía pura”, y también enloquece a ese otro “desterrado de sus tierras”, nada menos que a Baudelaire. Pero atrás de Baudelaire está Poe mostrando la voluntad de aniquilamiento que ocurre en Europa donde aflora un cansancio por la historia. La verdadera palabra que Poe arroja es la destrucción de la historia desde América.

Y esto sucede desde la *culpa*, otra categoría que establece Murena: “La historia desterrada contemplando su remoto asilo, embargada por una secreta, incesante pregunta sobre las causas de la presunta culpa que motivó el destierro, cayendo, tras la máscara de la vida próspera y saludable, en el pozo de una nostalgia que elige la propia destrucción como medio para redimir la culpa y golpear al

nista, con la búsqueda de una continuidad cualquiera, sin advertir que hay que partir de la ruptura del parricidio, por eso no hacen más que acentuar el mal (cf. *Pecado original*, “Los parricidas” 37).

En el extremo antagónico nos encontramos con su contemporáneo Günther Rodolfo Kusch (1922-1979) que rechazando el pensamiento europeo a pesar de ser hijo de alemanes, se aboca a la interpretación de la cultura americana y a investigar el pensamiento indígena. Kusch pregunta, ¿Qué pasaría si revisáramos las leyendas de Viracocha, el Dios de los Incas? En “América Profunda” (1962) e “Indios, porteros y dioses” (1966) está expuesto el núcleo de su pensamiento.

mismo tiempo, vindicativamente, los cimientos de la cerrada casa natal” (24 - 27).

Las figuras de Poe simbolizan el loco indagar por la presunta culpa que ha motivado el destierro de la casa natal y sus consecuencias, esto es los estados que padece el alma en el destierro. *La caída de la casa Usher*, la mansión con sus nobles agotados y su vetustez, es la corporización misma de la historia, Poe la somete a un fin aniquilador.

Así la *culpa* primero hay que asumirla para después exorcizarla. En Poe la catalepsia será la muerte en vida que experimenta el espíritu entre las rejas del mundo brutal y aristocrático del exilio. En toda su obra, la *culpa* es constante, encubierta, inexplicable ese emparedamiento enfrentado al deseo de inmortalidad. América es el destierro del recinto de la historia, que a su vez fue expulsada del ámbito del espíritu. En resumen, Poe propone la necesidad de matar lo ya decrepito para ensayar alguna otra forma de vida.

Emir Rodríguez Monegal⁷ calificó a la generación literaria surgida de este lado de América hacia 1950 como los parricidas; no por oponerse a sus predecesores sino a la realidad entera. La debilidad de las estructuras culturales hizo que las convulsiones que afectaban a Occidente se manifestasen por adelantado en América. Las críticas abarcaban toda moral, política, sociedad.

José P. Moreira Fonseca (1956) en su poema “A tempestade” prefigura el juicio final, el fin de una edad. “Zona Cero” era el punto que buscaba por entonces Neruda, mientras Alberto Girri habla “Junto al abismo del silencio definitivo” y compone “Elegías italianas” donde no se trata del viejo europeísmo, cambiar una piel por otra, ni de un cosmopolitismo modernista que aprovecha desde América lo exótico, sino expresa lo *mundial* en el sentido negativo de tornar apátrida al hombre. Esto se traduce en la pérdida del centro, en la sensación de que la patria no está en ninguna parte, por lo menos

⁷ Emir Rodríguez Monegal (1921-1985) erudito crítico uruguayo, en *El juicio de los parricidas: la nueva generación argentina y sus maestros*. Buenos Aires: Deucalión, 1956, dedica algunas de sus páginas a analizar y valorar al primer Murena, de quien afirma que con *Primer Testamento*(1946) ya en 1948 era un nombre que contaba en las letras argentinas contemporáneas.

mientras no se arribe al momento en que estará en todas. Esta falsa universalidad, lo *mundial negativo*, acentúa el ultranihilismo y este por una parte agudiza el sentimiento apátrida, mientras que por la otra anuncia una reforma vertical de la sociedad. Juan Carlos Onetti parece empujar la sociedad hacia su fin y Octavio Paz, que fecha sus poemas en todas las latitudes pero no está arraigado a ninguna, habla de una luminosidad erótica y desesperada, “el rayo que cruza el cielo/ antes de la tormenta”. El argentino J. P. Wilcock se radica en Italia y desde allí escribe sobre la Argentina en italiano y Julio Cortázar se desarraiga en Francia y también podemos internarnos en la crueldad minuciosa de Silvina Ocampo, la atmósfera “post mortem” de Rulfo o la sexualidad agresiva del colombiano Jorge Gaitán Duran⁸.

Otra categoría que perfila Murena es el *silencio*. En “La pugna contra el silencio” pregunta ¿cuál es la clave del éxito de Florencio Sánchez? Autores con más fuerza vital — Payró, González Pacheco, Eichebaum — no alcanzaron esa vigencia mítica. Leer a Florencio Sánchez desconcierta porque frente a la pobreza del lenguaje, los defectos de la construcción, nos encontramos inmersos en una seducción incomprensible. Lo que ocurre es que el ruido de las voces humanas, cuando no se atiende a lo que dicen, solo tiene un objeto: ocultar el silencio.

Lo que acosaba a Florencio Sánchez era el silencio, el demonio fundamental que lo asediaba era “el silencio fundamental del mundo en bruto, el silencio que se alza desde la creación cuando la palabra del hombre no ha comenzado o cesa” (128). Es un silencio difícil de percibir en el mundo historizado, pero flotó en el hombre primitivo, en ese silencio que hace sentir la soledad en la Tierra. Para acallar ese silencio nace la cultura. Murena ataca con un interrogante que inquieta ¿Qué hemos hecho con nuestro silencio los argentinos, los americanos? Poblar ese silencio significa construir una imagen del mundo para posibilitar toda comunicación, todo diálogo, pues

⁸ En la misma época nos encontramos con un grupo de escritores estadounidenses conocidos como los *beatniks* que se caracterizan por el rechazo de los valores convencionales, alientan el uso de las drogas, la filosofía oriental y la libertad sexual. Sus protagonistas más relevantes fueron Allen Ginsberg, *Aullido* (1956); Jack Kerouac, *En el camino* (1957) y William S. Burroughs, *El almuerzo desnudo* (1959).

los hombres se entienden a través de una común idea del mundo ¿Lo lograremos?

El padre es la historia, la madre la tierra fecundada y el hijo es la palabra que constituye el mundo. Así completa Murena la Trinidad.

¿Cuál es la impotencia? Estamos aferrados a nuestro individualismo, cada uno es como un absoluto frente a los otros, por eso dirá que somos un mudo exordio, un prólogo no escrito, la portada de un libro que no comenzó. Los primitivos también habitaron el silencio, pero no contaron como nosotros con una antiquísima y bella casa del hombre, nuestra casa europea, pero esta fue destruida, se lamenta Murena. La construcción de otra residencia es solo un brumoso proyecto.

El discurso de Murena nos sitúa en un preguntar metafísico. Surgen las preguntas ¿Por qué estoy en América? ¿Por qué están los otros? ¿Por qué no nos tocó el destino de Asia o Europa? ¿Por qué fuimos arrojados del espíritu al no-espíritu? ¿Por qué fue preciso que alguien viniese a América? ¿Por qué tuvo que ser descubierta y no se la conoció en la misma época en que Asia, África y Europa se conocían entre sí?

No puede haber respuestas pero las preguntas pueden despertar vivencias. La vivencia primordial despierta la intuición de que la tierra en que se nace forma parte de la encarnación como el cuerpo en que se nace. Solo una cultura, que en muchas de sus partes ha terminado por convertirse en falsa, puede dar por sentada, en nombre de la universalidad del espíritu, la indiferencia, la igualdad de las tierras en que ha nacido el hombre. El espíritu es universal, pero la particular palabra de cada pueblo con que se articula esa universalidad es tan infame como el rostro de cada criatura. Cuando esto se olvida, un falso espíritu se adueña de los hombres y los arrastra a la perdición. Esta *relación entre lo universal y lo particular* es una categoría central en el pensamiento de Murena.

Ante la caducidad de las formas que el espíritu ha conquistado hasta el presente, ante la desolación y lo apocalíptico Murena no cae en la resignación, no se queda en la muerte sino que aspira a un rena-

cer más profundo, por eso va a hablar de una forma de espiritualidad más elevada realizadora de una humanidad más plena.

¿Qué actitud debe asumir ese hombre expulsado de las formas concretas del mundo europeo, privado de toda posible realización tanto en el orden social, religioso, estético, moral? Es un alma que ha perdido la encarnación y que debe encarnar otra vez para poder existir. Como acto inicial Murena establece otra categoría que encierra una dimensión negativa a superar, la *mala disposición*.

Para emerger de la desolación es necesario combatir la *mala disposición*. Entonces, comprendiendo el americano que la cultura occidental resulta inútil para hacer frente a esa desolación, necesita una nueva objetividad, una relación superadora con el mundo. A esta categoría le va a der el nombre de *transobjetividad*.

En “La lección de los desposeídos” Murena habla de lo inevitable de asumir la *desposesión* que ahora podemos visualizar como otra categoría fundante de su pensamiento. Pero esta *desposesión* lleva al temple, usando un término heideggeriano, del horror. Se le reitera al americano, en forma sin precedentes en la historia, esa revelación del mundo como soledad y muerte. El hombre prehistórico vivió esa experiencia y para salir de ese horror creó la cultura objetivando al mundo para poder dominarlo. Pero ese mundo objeto, internalizado por la cultura, en la experiencia removida del horror, queda atrás, pierde importancia como algo de lo que nos hemos desengañado. Por eso se vuelve más abstracto, mas desmaterializado, más desrealizado, anulando su fuerza de obstáculo, aumentando de esta manera la libertad del hombre que en él habita. Entonces ese hombre, para superar la vivencia del horror y por la libertad alcanzada que le permite desidentificarse de la alienación del mundo objetivo, puede aspirar al espíritu *transobjetivo* o *transobjetividad*, que constituye la categoría de cierre del pensamiento filosófico de Murena.

Indudablemente este espíritu no puede todavía alcanzar formas acabadas de expresión. Solo alcanza a manifestarse en el aspecto destructivo y deformador del espíritu objetivo, al que considera como mera negatividad, como simple impotencia. Busca trascender esa civilización fáustica donde impera una infinita voluntad de conocer para apoderarse del mundo. Murena se instala en el arte⁹ para vislum-

⁹ Graciela Maturo en *Murena y el sentido sagrado del arte* (Revista *Conscien-*

brar la *transobjetividad*. Considera que este, para el espíritu objetivo, es representación del mundo como objeto y en América lo encuentra tanto en el vanguardismo extremo como en el folclorismo. Pero también empieza a vislumbrarse un arte transobjetivo que aunque no tenga una formulación específica, no busca la restitución de un mundo al que teme y rechaza, sino que apunta al mundo como transobjeto. Este arte manifiesta el desdén por la psicología y el paisaje. En *Don Segundo Sombra* los paisajes se transfiguran en fuerzas humanas personificadas, observando en *Martín Fierro* que paisaje y psicología se diluyen en el texto. En Mallea y Borges el mundo inmediato objetivo no figura sino como un dato para que actúen las instituciones de carácter transobjetivo, circunstancia que también aparecen en *Residencia en la Tierra* de Neruda. En Faulkner el personaje más importante es la fatalidad.

En el mundo objetivo los hombres establecen un pacto entre sí contra el horror del mundo, contra esa naturaleza con la que están enfrentados. Pero en el mundo transobjetivo ningún hombre puede tener la sabiduría para salvar a otro. Lo decisivo del hombre transobjetivo es que ha dejado de apuntar al mundo y apunta a Dios, y el único vínculo legítimo se da con lo trascendente. De ahí Murena concluye que una moral en que todo acto está destinado a hacer no puede producir más que mal. Ese estar más allá de esa engañosa moral en la esperanzadora fatalidad es habitar el lugar donde Dios se preanuncia. Así erige esta América como la región metafísica donde se revelará el horizonte de sentido.

Visión audaz, casi increíble de postular en un mundo que ha deificado la acción humana como salvadora, en lo social, lo político, la ciencia, la religión. Murena, del mismo modo que el famoso cineasta sueco Ingmar Bergman, nos abandona con un rompecabezas entre las manos, en la puerta del silencio, pero no del silencio antes de la palabra, sino de ese silencio cargado de significaciones que nace

cia. Web, diciembre 2012) explica que para las culturas de Oriente no es válida la separación occidental entre arte, religión y filosofía. Murena participa de esta visión, y la expuso en alguno de sus ensayos y poemas.

cuando se desmoronan las palabras y los sentidos. El mundo que nos presenta rompe las ideas de evolución y revolución, regulativas del pensamiento occidental, pues afirma que tras la apariencia de progreso se esconde la repetición de lo mismo, por eso sale a la búsqueda de un nuevo origen, de un Dios desconocido, apenas intuido.

Con esto cerramos el relato, aunque la obra de Murena quede siempre abierta. La intención que subyace atrás de estas palabras es sacarlo de la herejía y enfrentarlo a la polémica.

